

adornarte de una gran modestia y de una juiciosa conducta en el estado que vas á tomar. Ciertamente estoy contentísima de que este matrimonio se haya arreglado entre tus parientes y tu madre, sin que hayas tenido parte en ello, pues así es como se portan las jóvenes juiciosas, y yo, hija mía, quiero ser siempre tu consejera. Por lo demás, tu hermano, que es buen juez en estos asuntos, está muy contento con este matrimonio. El señor de Toulangeon, es verdad, tiene quince años más que tú; pero, hija mía, serás más feliz con él que si te casaras con un joven aturdido, loco y libertino, como lo son la mayor parte de los jóvenes del día. Te casarás con un hombre que es muy diferente; que no es jugador ni tiene vicio ninguno; que ha pasado su vida en la corte y en la guerra, y siempre con mucho honor, y que goza de grandes rentas del Rey. No tendrías el buen juicio con que te creo, si no le recibieses cordial y francamente; hazlo, pues, hija mía, y cree que Dios ha querido favorecerte (1).»

Francisca hizo lo que su madre deseaba, y aceptó de su mano la del Conde de Toulangeon: todos los parientes aplaudieron este enlace, y ya no se trató entre las dos nobles familias sino de boda, fiestas, adornos, pedrerías, trajes elegantes, y, en una palabra, de todas esas cosas frívolas que preceden al matrimonio, y que muchas veces hacen olvidar su gravedad. En medio de este ruido mundano será grato oír otra vez la voz de la Santa, que pocas veces habló más admirable y santamente en los negocios temporales.

«13 de Mayo de 1620.

» Mi muy querida hija:

» He bendecido á Dios, que tan felizmente te ha guiado en el principio de tu matrimonio; espero que su divina bondad te concederá una tranquilidad perfecta.

(1) Carta XCIII.

Te aseguro, queridita mía, que cuanto más conozco al Sr. de Toulangeon, más contenta estoy. No se puede encontrar, á mi parecer, un hombre más amable. Ha vuelto tan contento, que no puedo expresártelo, y todos tenemos motivo para estarlo. Verdaderamente, Francisca querida, me has dado mucho gusto mostrándome tan entera confianza; pero también es mucha verdad que he suplicado é importunado mucho á nuestro buen Dios para que me concediese verte felizmente colocada... Escribeme, como me tienes prometido, dándome cuenta de los afectos de tu corazón, y si Dios, como lo espero de su bondad, ha unido el tuyo al del Sr. de Toulangeon. Porque esto es lo que deseo sobre todo, y confío en que Dios habrá bendecido á los dos en esta primera entrevista. En cuanto á mí, queridita mía, te digo con toda verdad que encuentro muy á mi gusto al Sr. de Toulangeon, y que, como te lo escribí, le quiero más cordialmente que lo que puedo expresar. Por lo demás, todos nuestros parientes y amigos que lo saben están contentísimos.

» En cuanto á las sortijas, el Sr. de Toulangeon está sumamente ocupado en todas estas cosas, y quiere que me traigan muchas pedrerías de París para que se te compre todo cuanto queramos, y yo quisiera que tú no las comprases, porque te digo sencillamente, querida hija mía, que ninguna señora de la nobleza las lleva ya en esta corte, dejándolo para las mujeres de la clase media. Pero no puedo conseguir esto del Sr. de Toulangeon, que me ruega lo deje, siquiera en esta ocasión. Te envía perlas y pendientes, que es lo que llevan ahora las señoras, y también una caja de colorete con diamantes en la cubierta. ¡Señor y Dios mío! Querida hija mía, veo perfectamente que sois señora y dueña del corazón y de los bienes de nuestro querido y tan amable Sr. de Toulangeon, por lo cual debéis distribuirlos y manejarlos juiciosa y discretamente. Quiere

que envíes una medida para vestido; hazlo, hija mía, si bien no permitiré yo te mande más que uno, porque esto, entre las demás cosas, de ninguna manera es razonable. Puedes, si el Sr. de Toulongeon te ayuda, mandarte hacer otro; pero desearía nos mandases el dinero, y haríamos se te hiciese de moda, y de las telas que se estilan y se llevan en todas partes. Por lo demás, no te hagas vestido de boda; se ríen las señoras de aquí y de la corte de las que así lo hacen. Y también deseo con todo mi corazón que te cases sin ruido ni boato, y en esto quiero ser creída.

»El Sr. de Toulongeon me ha dicho que no quieres casarte en Mayo. ¡Oh, Dios mío! no lo hagas por escúpulo, porque es una superstición, si bien creo que no se podrán arreglar tan pronto las cosas, aunque lo deseo mucho.

»En fin, cuanto más veo á este caballero más me gusta, y conozco lo que tú y yo debemos á Dios por el beneficio de habértelo dado. Dale una respuesta muy política y cordial, y trata franca y amigablemente con él, mostrándole un afecto recíproco, porque ya no es tiempo de cumplidos ceremoniosos. Francisca mía, quiero que ames verdaderamente á tu futuro, y que estés tan contenta como en realidad debes estarlo. En cuanto á mí, estoy muy contenta, y con razón. Adiós, querida hija de mi alma; escribeme con el corazón.»

Y como si la Santa no hubiera recomendado bastante á su hija que fuese sencilla, añade en la postdata:

*P. D.* «Es menester no dejar al Sr. de Toulongeon que siga su inclinación de comprar tantas cosas, porque tiene tanto deseo de complacerte, que no te lo puedo expresar. Si ha existido una mujer feliz, lo eres tú seguramente; pero es menester, queridita mía, que la discreción esté de tu parte, y que le contengas en esto. Será mucho más útil que economices un poco, y emplees el dinero en cosas más útiles que en estas tonte-

rias y bagatelas. En cuanto á mí, deseo que mi Francisca no se deje llevar de esas niñerías, y no me darías gran reputación si no lo hicieras así, porque siendo hija mía estás más obligada á ser modesta y discreta. Mil memorias á todos los parientes. Adiós otra vez, mi querida Francisca; amemos mucho al que Dios nos ha dado» (1).

Todo estaba pronto para el matrimonio; cuando de repente ¡inestabilidad de las cosas humanas! cayó mala Francisca y estuvo á la muerte. Así se lo escribe la santa Madre de Chantal á la Madre de Brechard. «Mi hija ha estado á la muerte; estas son las cosas de la vida. Ya está buena, y se casará, Dios mediante, dentro de ocho días (2).

Se casó, en efecto, pocos días después, hacia el fin de Junio de 1620, según creo, porque no he podido averiguar la fecha exacta, ni en qué lugar se verificó la ceremonia. Ciertamente la bendición nupcial fué dada por San Francisco de Sales, y con ella atrajo sobre los esposos la felicidad que luego veremos disfrutó Francisca, y que fué tanta cuanta es posible en este mundo.

Mientras que la Madre de Chantal concluía con tan feliz éxito este importante negocio, proseguía otro tan serio como éste, pero más difícil, y que, sin embargo, logró concluir con tanta felicidad, á saber, el casamiento de su hijo el joven Barón de Chantal. Celso Benigno, como ya hemos dicho, era á un tiempo mismo, por sus cualidades y defectos, la alegría y el tormento de su madre. «En cuanto á vuestro Celso Benigno—escribe San Francisco de Sales á la Santa, devolviéndole una carta en que se trataba de su hijo,—guardaos de

(1) Esta carta, hasta ahora inédita, se encuentra en la nueva edición de las *Obras de San Francisco de Sales*, publicada por Mr. Migne, tomo VIII, pág. 1.103; pero la fecha está equivocada: es de 1620.

(2) Carta del 9 de Junio de 1620. Edición Migne, pág. 1.040.

saborear deliciosamente todo lo que en esa carta se dice tan bonitamente de él, porque es vuestro hijo. Dios le dará muchas y grandes perfecciones si escucha mis ruegos. Os envío, pues, la querida carta que me mandasteis, porque no quiero ser más tiempo depositario de un escrito que habla tan agradablemente de Celso Benigno (1).» Y en seguida de cartas semejantes, y al siguiente día de recibirlas, se sabía alguna calaverada, algún desafío en que, como siempre, se había portado con nobleza y valor. En la corte, donde estaba hacía algunos años, gozaba de un favor extraordinario. Tenía mucho talento, un carácter alegre y amigo de aventuras, bailaba muy bien, montaba perfectamente á caballo y manejaba tan admirablemente las armas—dice Bussy—que si no hubiese dado pruebas evidentes en el ejército de que era bizarro caballero, nadie hubiera podido juzgar si era valiente por estos combates particulares; tan segura era su victoria (2).» Amigo del Duque de Boutteville, del Duque d'Elbœuf, del señor de Noailles, del Príncipe de Chalais y de Toiras, que después llegó á mariscal de Francia, su vida brillante y disipada se pasaba en fiestas, desafíos y aventuras, que inquietaban y afligían á su madre.

En el momento en que la Madre de Chantal llegaba á París, Celso Benigno acababa de tener un desafío que había metido mucho ruido, y á pesar de las grandes protecciones que le defendían, estaba amenazado de un proceso criminal. La venerable Madre de Chantal se llenó de aficción; todas sus cartas de aquella época llevan marcado este sentimiento. «Esto no es más que una palabra—escribe á la Madre de Chatel—para saludar amorosamente á vuestro querido corazón, y rogaros y suplicaros con todo afecto pidáis y hagáis que esas que-

(1) Esta carta está sacada de la parte compulsorial del *Proceso de canonización de la Santa Madre de Chantal*, fol. 130.

(2) Genealogía manuscrita.

ridas Hermanas pidan á Dios con fervor y perseverancia por mi hijo. Haced que las más unidas á Dios lo tomen con afán, y vos muy particularmente. Es bueno y tiene buenas intenciones; pero la juventud lo arrastra. Creo que nuestro Señor le prepara alguna pesada cruz. Su infinita bondad haga que la reciba como debe (1).» Y á la Madre de Brechard: «Rogad por mí: estoy en la temporada de las grandes aficciones por causa de mis hijos (2).» Y algún tiempo después á la Madre de Chatel: «He tenido muchas cruces, hija mía, y muy sensibles; he visto que tengo un corazón hartó maternal. ¡Oh, Dios! Querida Hija mía, seamos de Dios sin reserva alguna (3).»

Para sustraer á Celso Benigno á estos peligros que atormentaban á la vez su corazón de madre y de Santa, y aunque en el año 1618 no tenía Celso Benigno más que veintiún años, vemos ya en esta época á la Santa dando pasos activos para tratar de casarle. Dos proyectos fracasaron, y no presentándose en el momento nada conveniente, la Santa creyó oportuno arrancar al menos á su hijo de aquella vida de París y de la corte, en donde perdía su alma, y con este fin, valiéndose de su autoridad de madre, le envió á Saboya á San Francisco de Sales, rogándole que si era posible le hiciese entrar al servicio del Duque de Nemours. «Haré cuanto pueda para ello—escribe San Francisco de Sales,—pero temo que no se le dará al principio ningún empleo importante. Será menester que le gane con su prudencia y virtud; aunque, Dios mediante, con esto le alcanzará después proporcionado á su clase. Le hablaré en la primera ocasión, y trataré de persuadirle que la dulzura y la política son mucho más honrosas por todos estilos que la violencia y la altanería, y que le servirán para ha-

(1) *Cartas de la Madre de Chantal*, edición Migne, pág. 970.

(2) *Idem*, pág. 984.

(3) *Idem*, pág. 985.

cer maravillas en su carrera. Ya sabéis, mi muy querida Madre, que la casa del Príncipe es un monasterio; que por nada en el mundo quiere tolerar desórdenes; y aunque al venir aquí trata de acomodarse á la libertad del país, quiere, no obstante, que sea una libertad virtuosa. Yo haré cuanto me sea posible por el hijo de mi muy querida Madre, el hermano de mi muy amada hermana; y por el sobrino del dignísimo tío que me escribe (1).»

Este proyecto no se realizó, fuese porque el joven Barón de Chantal, acostumbrado á las fiestas y diversiones de la corte de Francia, no hubiera podido decidirse á quedar en Saboya, ó por otras razones; lo cierto es que Celso Benigno volvió á París, donde estaba su madre, y al instante le vemos comprometido, no en un desafío, sino en uno de esos ataques imprevistos que eran tan frecuentes en el siglo XVII, y en el que verdaderamente no hizo más que defender á uno de sus amigos, á quien maltrataban. «Creo muy bien, querida Hermana mía—escribe la Santa en 12 de Marzo de 1620 á la Madre de Brechard,—que habréis sentido mucho lo que ha sucedido á mi hijo, porque tenéis un corazón tan afectuoso para mí, que siente como de rechazo, todo lo que me interesa. No os lo dije al escribiros, porque no me acordé, y porque Dios me hizo la gracia de no afectarme mucho con este acontecimiento, á pesar de que me lo dijeron sin miramiento ninguno. Pero, en efecto, fué una cosa inesperada, y en que cualquiera más juicioso que mi hijo no hubiera podido rehusar su ayuda y socorro á un amigo atacado de esa suerte. Así lo dicen, á lo menos, las gentes del siglo. No he dejado, sin embargo, de sentirlo mucho, pero sin ninguna mala resulta, y todo se ha compuesto. El buen caballero que los alguaciles querían llevarse, quedó muy mal herido,

(1) *Carta inédita.* (Archivos de Annecy.)

y aún no se ha curado; pero, gracias á Dios, todos los demás están bien; vuestras oraciones serán muy útiles á mi hijo, que tiene necesidad de ellas (1).»

Y algún tiempo después, al pie de una carta que escribía á la Madre de Chatel, añadía: «Os suplico, mi muy querida Hija, que hagáis que nuestras Hermanas tengan la caridad de rogar al Señor, con fervor y perseverancia, por mi hijo; que las más unidas á Dios lo hagan con ardor. Yo se lo pido con todo encarecimiento, y á vos muy particularmente (2).»

Con semejante vida, y aunque por otra parte Celso Benigno estuviera adornado de las mejores cualidades de espíritu y de corazón, se concibe fácilmente que hubiera dificultades para casarlo. Así fué preciso esperar tres años aún, al cabo de los cuales, después de activos y continuos pasos, consiguió la Santa encontrar un partido tan bueno como el que había proporcionado á Francisca, «al cual nada había que oponer, ni tampoco dejaba nada que desear.» En 1624 pidió para Celso Benigno la mano de María de Coulanges, hija de Felipe, Señor de la Tour Coulanges, consejero de Estado y secretario de Hacienda. Era una joven muy rica, amable, de muy sólida piedad, y sobre todo, dotada de una dulzura encantadora. La petición fué aceptada, y nuestra Santa bendijo á Dios, «que había concedido—decía—tan buena fortuna á su hijo.» «Es menester decir la verdad—añade Bussy Rabutin, en una frase en la que brilla su orgullo;—también era una buena fortuna para la señorita.

El Barón de Chantal, joven, buen mozo, primogénito de la casa de Rabutin, era uno de los más completos caballeros de su tiempo, ya por la viveza de su ingenio, ya por el valor brillante con que se distin-

(1) *Cartas de la Madre de Chantal.* Edición Migne, pág. 1022.

(2) *Idem,* pág. 1112.

guió en aquella época desgraciada, en que se adquiría gloria en los combates particulares (1).»

Llegado el día de la boda, las dos familias trabajaron mucho para alcanzar que la Madre de Chantal asistiese á ella. Sobre todo, Celso Benigno nada omitió para decidirla. Pero satisfecha con haber asegurado la felicidad de su hijo, no queriendo dar al mundo ni al claustro el ejemplo de que una religiosa, y fundadora de una Orden, asistiese á una ceremonia semejante, se negó absolutamente, contentándose con enviar al cielo los deseos de su corazón por la felicidad temporal y eterna de los nuevos esposos. «¡Oh Dios mío!—escribía á la señora de Coulanges,—con qué afecto voy á derramar mi corazón y mis pobres oraciones delante de la dulce misericordia de Nuestro Señor, á fin de que bendiga á nuestros queridos casados con sus más escogidas gracias, para que no tengan más que un corazón y un alma, y vivan larga y felizmente en el temor de Dios.»

Así, desde 1617 á 1624, en estos años fecundos que van á desarrollarse ante nuestros ojos, y mientras que vamos á ver á la Madre de Chantal recorrer una parte de la Francia, fundar las casas de Grenoble, de Bourges, de París, de Dijón; anudar y mantener relaciones con San Vicente de Paúl, el Cardenal de Berulle, el Padre de Condren, la Madre Angélica Arnauld; visitar á Port-Royal, á Maubuisson, á las Carmelitas, á las Penitentes; multiplicar, en fin, las buenas obras, la veremos también ocupándose en otra cosa que no han mencionado los historiadores, á saber: en casar á sus dos hijos, Celso Benigno y Francisca, haciendo esto con la perfección que en todo practicaba. «Admiro la providencia de Dios para con nosotros—escribía el joven Barón poco después de su matrimonio, á su buena madre,—aunque os hubierais quedado en el mundo, como deseá-

(1) *Vida compendiada*, pág. 21.

bamos, y hubierais tenido todo el cuidado que vuestro amor materno y vuestra sin igual prudencia hubiera podido inventar, no hubiera podido yo casarme mejor que lo estoy. Dios me ha concedido en mi matrimonio todas las ventajas que pueden desearse en mi clase, edad y carácter.»

Terminada esta obra, parece que la Santa hubiera podido creer habían concluido sus obligaciones respecto de sus hijos. Pero ¿se acaba alguna vez la tarea de una madre? No importa que los asuntos á que tiene que atender se multipliquen indefinidamente; no importa que el amor de Dios, desasiéndola de las cosas de la tierra, la transporte lejos de ella; en medio de sus más importantes ocupaciones de Fundadora, así como en las más elevadas regiones del desasimiento y de la muerte de sí misma, no olvida á sus hijos ni un solo instante. Participa de todos sus contentos, sufre todos sus dolores, se interesa en todos los acontecimientos de su vida y despliega, en fin, como iremos viendo en todas sus relaciones con ellos, tanta ternura, tan gran cariño, una abnegación tan rara, una solicitud tan activa, tan constante é infatigable, que si sus glorias como Fundadora no hubieran eclipsado todas sus demás glorias, y si las vírgenes consagradas á Dios y nacidas con su soplo no hubiesen solicitado el honor de tenerla por especial protectora, se la hubiera nombrado Patrona de las madres y de los huérfanos.

